

## LIBRO TRIGÉSIMOTERCERO

MENTANA

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—De como, para comprender la crisis que estalló en Italia, precisa remontarse á la *Convención del 15 de septiembre* de 1864.—Principales cláusulas de esta *Convención*: el gobierno francés; los católicos.—Interpretación dada por Italia al tratado: violencias materiales y medios morales; *las aspiraciones nacionales*: documentos diplomáticos; debates en las Cámaras: traslado de la capital y cómo la misma Florencia no cree en la duración de su preeminencia.
- II.—Diversos proyectos para zanjar la cuestión romana, é inutilidad de los mismos.—Primeros retornos de tropas francesas á fines de 1865.—Doble acción intentada por Napoleón en Roma y en Florencia: Roma; disposiciones de Pío IX; el emperador se ingenia para asegurar la defensa de la Santa Sede; la legión de Antibes: Florencia: el gobierno francés predica á Italia la moderación y el respeto de sus compromisos: el general Fleury; su misión y manera de cumplirla.—Evacuación de Roma (diciembre de 1866).
- III.—La ciudad de Roma y el Estado romano desde la salida de los franceses y hasta mediados del año 1867.—El partido revolucionario: cómo hubiera deseado hallar un punto de apoyo, ya en Roma, ya en Florencia: obstáculos que encuentra á causa de los sentimientos del pueblo romano y de las dificultades del gobierno de Florencia: jefe adecuado para dirigirle: Garibaldi, su modo de obrar.—Actitud del gobierno italiano; primer alerta de Francia y explicaciones del Sr. Ratazzi.
- IV.—Garibaldi en Ginebra (septiembre de 1867) y *Congreso de la Paz*.—Garibaldi da en él el grito de guerra que debe reunir á sus amigos.
- V.—Garibaldi regresa á la península predicando por todas partes la guerra contra Roma.—Todas las miradas se fijan en Italia: el señor Ratazzi: las tres evoluciones de su política: primero se muestra inseguro, se decide luego por la energía y hace prender á Garibaldi; finalmente afloja todos los resortes de la autoridad.
- VI.—Estado de Roma: el ejército pontificio, la frontera que ha de defenderse.—Invasión de las primeras partidas (28 de septiembre de 1867): primeros combates; el resultado de ellos es generalmente feliz para los soldados pontificios.—Cuáles son, sin embargo, las inquietudes del gobierno del Padre Santo, y cómo dirige todos sus pensamientos hacia Francia.—El Sr. Armand, encargado de Negocios de Francia; celo y actividad con que multiplica sus informaciones, y cómo denuncia las complicidades de Italia y muestra los peligros de Pío IX.—Pero ¿es el Sr. Armand el verdadero representante de las ideas del emperador?
- VII.—El emperador en Biarritz: sus disposiciones con respecto á Italia.—Lenguaje de los italianos, y sus esfuerzos para asegurar de nuevo la complicidad del emperador.—Motivos por los cuales tienen pocas probabilidades de ser atendidos.—Napoleón se acostumbra poco á poco, aunque con repugnancia, á la idea de una expedición.—Salida de Biarritz: consejo en Saint-Cloud: la intervención se decide en principio.—Telegrama dirigido el 17 de octubre al Sr. Armand y de qué manera es acogida en Roma la noticia.
- VIII.—Nuevos aplazamientos del emperador: órdenes de marcha suspendidas.—Las noticias llegadas de Florencia y las llegadas de Roma coadyuvan á inclinar nuevamente á Napoleón hacia la política de intervención: orden de aparejamiento: últimas dudas: salida de la flota: ¿se llegará á tiempo?
- IX.—Garibaldi después de su evasión de Caprera: una vez abandonada Florencia, se dirige hacia la frontera pontificia y pónese al frente de las fuerzas revolucionarias: ataque y toma de Monte-Rotondo.—Viva emoción en Roma: temor de un sitio.—Vacilaciones y lentitudes de Garibaldi.—Las tropas francesas se le anticipan.—La vanguardia del cuerpo expedicionario entra en Roma.
- X.—Italia, impotente para impedir la intervención, se decide por ocupar algunos puntos del territorio pontificio.—Singular situación: cuatro ejércitos á la vez en los Estados de la Santa Sede: temor de un conflicto.—La conducta más enérgica es al mismo tiempo la más sensata.—Plan de acción.—Los soldados pontificios, sostenidos por las tropas francesas, salen de Roma el 3 de noviembre.—Encuentro de los garibaldinos en Mentana.—El combate y sus diversas peripecias (3 de noviembre).—Derrota de los garibaldinos.—Consecuencias de la victoria.—Los soldados franceses y pontificios regresan á Roma (6 de noviembre).
- XI.—Carácter general de la intervención francesa en 1867: fué el último éxito de la antigua política; el imperio y el partido religioso: interpelación en el Cuerpo legislativo y famosa declaración del Sr. Rouher (5 de diciembre de 1867).—Este retroceso fué pasajero; error inicial que vició hasta el fin la política del emperador.

### I

La Exposición universal se había abierto al ruido de los asuntos luxemburgueses y se cerró al ruido de los asuntos italianos.

Comprenderíase mal la crisis que agitó á la península hacia fines de 1867 si no nos remontásemos hasta la *Convención del 15 de septiembre* de 1864, pactada entre Napoleón III y Víctor Manuel.

Este tratado, que hemos mencionado á su tiempo, se resumía en tres estipulaciones principales: Italia se comprometía á no atacar el territorio *actual* del Padre Santo y á impedir asimismo toda agresión del exterior; en cambio, Francia se obligaba á evacuar los Estados romanos en un plazo máximo de dos años. Finalmente, en un protocolo anexo á la Convención, Víctor Manuel prometía trasladar la capital á una ciudad que se designaría ulteriormente y que en la intención de los nego-

MENTANA

37

ciadores no debía ser más que Florencia. Entre todas las cláusulas del acta, esta última disposición era, á los ojos de Francia, la más importante. ¡Cuántas veces los italianos no habían proclamado *Roma capital!* Al fijar en Florencia la residencia del gobierno, parecía que renunciaban implícitamente á sus fastuosos programas y que daban una prenda de su buena fe. Así lo estimó el Sr. Drouyn de Lhuys, entonces ministro de Negocios extranjeros, y en esta esperanza fué ratificado el tratado.

Nadie hubiese soñado en negar que el arreglo fuese precario. Pero al menos parecía zanjar la importuna cuestión romana, y permitía á Francia replegar su bandera sin faltar á sus compromisos ni á su honor. Aseguraba al papado un plazo de dos años que podría ser utilizado para nuevas negociaciones. A la verdad, el resultado de las precedentes conferencias hacía concebir poquísimas esperanzas para el porvenir. Pero Pío IX podía fallecer: podía elegirse en su lugar un papa menos absoluto: Italia misma podía mostrarse más acomodaticia. Si el antiguo Principado pontificio debía sucumbir, sería sin duda á causa de una revolución interior y Francia escaparía ó parecería escapar á la responsabilidad del desenlace. Muy apurado ya en su política, el emperador se veía reducido á regocijarse de estas soluciones incompletas, y su previsión fatigada no iba más allá.

En toda Europa los católicos y los conservadores de todo matiz denunciaron como una nueva debilidad lo que no era más que resultado de todas las debilidades pasadas. «Confieso que la noticia de la Convención ha sido para mí un tremendo golpe (1),» decía Pío IX al embajador de Francia, Sr. de Sartiges. Con sus familiares, el Padre Santo disimulaba menos aún su disgusto, é irritándose porque no se le había consultado: «Se me ha tratado como á un menor ó como si estuviese en entredicho (2),» repetía. En Austria prevalecieron las mismas desfavorables apreciaciones. Los más vehementes fueron los católicos de Francia. El reciente acto les pareció el abandono de la Santa Sede; señalaron todas las singularidades del tratado, la mayor de las cuales era la elección del protector que tendría á su cargo la defensa de las fronteras pontificias. En otro tiempo Víctor Manuel había conquistado por astucia ó violencia las tres cuartas partes del patrimonio de San Pedro, y he aquí que se confiaban á su guarda los jirones de Estado que no había arrebatado aún.

Estas críticas, que hubiesen podido parecer demasiado acerbas, los italianos se encargaron de justificarlas. «Florencia no es más que una etapa hacia Roma.» Así se expresaba desde el primer día la prensa de Turín. Siguiéron otras declaraciones. El marqués Pepoli, pariente del emperador, había sido uno de los negociadores del tratado: pues bien, en 9 de octubre de 1864, en un banquete celebrado en Milán, habló en los siguientes términos: «La Convención no altera ninguna de las partes del programa y sólo rompe los últimos eslabones que unían Francia á los enemigos de Italia.» Pronto la publicación de los documentos oficiales no dejó ninguna duda acerca de la interpretación que pre-

(1) Despacho del Sr. de Sartiges, de 24 de septiembre de 1864 (Bernardo de Harcourt, *Les quatre ministères de M. Drouyn de Lhuys*, pág. 199).

(2) Besson, *Vie du cardinal de Bonnechose*, tomo II, pág. 32.

valecería allende los montes. Estos documentos oficiales fueron, primero, un despacho del Sr. Nigra, de fecha de 15 de septiembre, y luego un informe dirigido al rey cuatro días más tarde por el jefe del gabinete. Uno y otro documentos estaban concebidos en parecidos términos. El embajador y el ministro se defendían con igual calor de no haber sacrificado en nada las *aspiraciones nacionales*: para ir á Roma habían rechazado los medios violentos, pero de ningún modo los otros: su proyecto, decían, procedía de Cavour, quien en los últimos días de su vida lo había bosquejado, habiéndolo ellos recogido como el testamento de un moribundo. Los dos hombres de Estado dedicábanse á proclamar el principio de la no intervención. En cuanto al cambio de capital, guardábanse de dejar presentir ninguna concesión á Francia; pero lo justificaban por motivos estratégicos ó de buen orden administrativo. Cuando conoció esta interpretación totalmente nueva, el Sr. Drouyn de Lhuys demostró una gran sorpresa y protestó sinceramente emocionado. Vióse entonces un espectáculo bastante singular. El ministro de Napoleón y el enviado del rey se reunieron, relejeron los textos, pesaron cada una de sus frases, é interpretaron esta Convención que sólo contaba seis semanas como se hubiese hecho con un documento antiguo que necesita todas las sutilezas de la exégesis. Primeramente discutieron solos, y luego delante del emperador, escogido como árbitro y llamado á decidir. Por largo tiempo se habló de *medios morales*, de *aspiraciones nacionales*, *fuerzas de la civilización*, vagas fórmulas tras las cuales Italia disimulaba su codicia y Francia su debilidad. Sin embargo, después de un arreglo tan reciente, una que-rela hubiese sido un escándalo. Mitad por inteligencia, mitad por deseo de ocultar las divergencias, se declararon mutuamente satisfechos. A los pocos días Italia recalcó de nuevo en un ruidoso comentario el sentido que daba al tratado.

La Convención dependía de la prerrogativa real. Pero no pudiendo realizarse sin gastos el cambio de capital, las Cámaras, llamadas á estatuir sobre la petición de créditos, fueron llevadas, sin forzar demasiado su orden del día, á juzgar el acto del gobierno. Lo que los diplomáticos habían insinuado con ciertos miramientos, los diputados y los ministros lo proclamaron con una sinceridad brutal. Fiel intérprete del pensamiento general, el ponente del proyecto no reprobó, de todos los medios de ir á Roma, más que la violencia declarada, siendo permitido todo lo demás. La deliberación pública comenzó el 7 de noviembre; los personajes más importantes tomaron parte en ella, afirmando todas las ambiciones nacionales. En la alta cámara el espectáculo fué el mismo. Sólo uno de los senadores, Máximo de Azeglio, se atrevió á restituir á las palabras su verdadero sentido. De edad muy avanzada, y harto débil para leer su discurso, valióse de la voz de un amigo. Protestó contra la idea fastuosa y vana de *Roma capital*; quería á Roma ciudad italiana, erigida en municipio bajo la soberanía del papa. «Me es difícil concebir, añadía, que el catolicismo pueda nunca admitir al lado del papa en el Vaticano al rey de Italia en el Capitolio.» La asamblea y las tribunas escucharon con una curiosidad mezclada de simpatía los elevados y serenos pensamientos de este anciano que iba á morir. Luego



la atención se fijó en otra parte, como si ya este lenguaje no hubiese sido el de un ser viviente. Al procederse á la votación, 315 diputados contra 68, y 134 senadores contra 47, se pronunciaron por la Convención.

La ciudad de Turín había asistido á este debate á la vez febril y sombrío. El parlamento consagraba su caducidad. Cuando todo hubo terminado, el rey salió casi furtivamente de la antigua y valerosa capital, donde por espacio de tan largo tiempo habían reinado sus antepasados. Florencia, hacia la cual el monarca dirigía sus pasos, se encargó de poner un supremo comentario á la Convención del 15 de septiembre. No creyó en su propia grandeza. Cuando vió llegar á la plaza del *Palacio Viejo* al rey, á la corte, á los diputados, á los funcionarios, no pudo persuadirse de que todo este movimiento fuese para ella, y como la estatua de *la Noche* que adorna la tumba de Julián de Médicis y que Miguel Angel no quería animar más que para los días gloriosos, desdeñó dar importancia á este ruido pasajero. Lejos de sentirse ofuscados, los tranquilos toscanos se lamentaron de toda esta afluencia que cambiaba sus costumbres, turbaba su reposo y sólo les traería escasos provechos. Luego se replegaron en sus recuerdos, bastante augustos para dispensarles de ambición.

## II

Aun interpretada en el sentido más desfavorable á la Santa Sede, la Convención del 15 de septiembre de 1864 permitía un aplazamiento de dos años. El tiempo que siguió empleóse en toda clase de proyectos que, á pesar de las pasadas desgracias, tendían á reconciliar á Víctor Manuel y á Pío IX.

En el mes de marzo de 1865 llegó de Francia á Italia un visitante notable, el Sr. de Persigny, quien pasó en Roma las fiestas de Semana Santa, despertando su presencia una curiosidad muy grande, excesiva, pues se le atribuía cerca del emperador una influencia que ya no tenía. Visitó á muchos personajes y pareció mostrar mucho interés en enterarse de la condición del Estado pontificio. A su regreso, publicó con el título de *Lettre de Rome* un folleto en que trataba de fijar los límites de cada uno de los dos poderes rivales. Con suma habilidad disuadía á Víctor Manuel de subir al Capitolio, pues creía que la antigua Roma «lo aplastaría con el peso de su historia.» En cambio juzgaba con extremo rigor al partido ultramontano y deseaba que la ciudad de los Papas, aun permaneciendo bajo la soberanía pontificia, tuviese parte, como ciudad libre, en los privilegios y en las cargas de Italia. En el fondo era la misma tesis de Máximo de Azeglio, desarrollada con menos elocuencia, serenidad y brillantez. El folleto tuvo resonancia, más que por sí mismo, por el nombre del autor, y durante algunos días los periódicos lo comentaron como si hubiese reflejado las opiniones que prevalecían en las Tullerías.

Mientras tanto, se iniciaba una negociación que sólo se refería á las cuestiones religiosas, pero que hizo concebir la breve esperanza de un acuerdo político. Entre todas las preocupaciones del Padre Santo, una de las más acerbadas era la suerte que cabría á la Iglesia de Italia. Gran número de prelados habían sido separados de

sus diócesis; además, por desavenencia entre las autoridades civiles y eclesiásticas, muchos obispados quedaron vacantes. Aludiendo un día á este estado de cosas y á la urgencia de remediarlo, Pío IX decía al embajador de España: «No quiero morir sin haber hecho todo lo posible por cumplir con este deber de conciencia (1).» Con este espíritu dirigióse á Víctor Manuel y en una carta muy paternal le recomendó los intereses católicos. El rey, que, dejando á un lado sus ambiciones, se hallaba alejado como el que más de las disputas religiosas, fué sensible á tal iniciativa y contestó en términos no sólo respetuosos, sino que también conciliadores. El Sr. Vegezzi, magistrado distinguido y muy versado, sobre todo, en cuestiones eclesiásticas, fué enviado á Roma con la misión de negociar el regreso de los obispos ausentes, de disponer el nombramiento en los obispados privados de titular, de proponer además una nueva circunscripción de las diócesis, y, en fin, de establecer las formalidades del *exequatur* y del juramento (2). Asegúrase que el cardenal Antonelli, al prestarse á las entrevistas, tuvo empeño en apartar desde el primer momento todas las cuestiones políticas: «Queda bien establecido, dijo, que no saldremos de la sacristía.» A pesar de esta reserva, ¿quién hubiese dudado de que la avenencia religiosa, en caso de realizarse algún día, no fuese un medio que condujese á una avenencia más completa? Al principio las disposiciones reciprocas parecieron muy favorables. La embajada de Francia había recibido orden de mantenerse apartada de las negociaciones, pero de Roma se enviaban á París excelentes noticias. Cuando se llegó al fondo de las cosas, topóse con el doble obstáculo que hasta entonces había paralizado todas las tentativas de reconciliación. Muy afable en su lenguaje, Pío IX retrocedía bruscamente ante cada fórmula que le parecía implicar en un grado cualquiera el reconocimiento del nuevo reino ó la renuncia de sus propios derechos. Por otra parte, Víctor Manuel, cualesquiera que fuesen sus muestras de buena voluntad, no se complacía en ningún arreglo que no hiciese viables sus proyectos sobre Roma. En junio de 1865 el Sr. Vegezzi regresó á Florencia intentando en vano disimular bajo las apariencias de un aplazamiento el fracaso real de las negociaciones. «Estas, decía, no están rotas, sino interrumpidas.» La verdad es que, lejos de entrar en las cuestiones políticas, no se resolvieron siquiera las dificultades religiosas. Único resultado de ellas fué el regreso de una treintena de obispos á las diócesis de que habían sido separados.

Mientras tanto, Austria y aún mucho más España se mostraban muy inquietas por la suerte del papa, que próximamente sería abandonado á sus propias fuerzas. Hasta aquí Napoleón había reivindicado para él solo la protección de la Santa Sede. Al desaparecer la bandera de Francia, ¿no sería oportuna una acción común de las potencias católicas en favor del soberano pontífice? Ya en enero de 1865 el Sr. Mon, embajador de España en París, visitó al Sr. Drouyn de Lhuys: «Tenemos, díjole, dos años de plazo para ponernos de acuerdo,

(1) Despacho del Sr. Pacheco, embajador de España, 6 de abril de 1865 (*Documentos relativos á los asuntos de Roma, comunicados á las Cortes*).

(2) Instrucciones del general La Marmora al comendador Vegezzi, 29 de abril de 1865.

para prevenir los acontecimientos, para afianzar el poder y la autoridad del Padre Santo.» Entonces fué cuando volvió á exhumarse un proyecto á menudo discutido, el de una *garantía colectiva* para el mantenimiento del poder temporal. El Sr. Mon conferenció más de una vez acerca de este asunto con su colega austriaco el señor de Metternich; pero estas entrevistas diplomáticas no se tradujeron en ningún acto positivo. Francia no deseaba mucho ligarse de esta manera: además no ignoraba que Italia consideraba semejante arreglo como un ataque al principio de no intervención. Austria, cualesquiera que fuesen sus inquietudes con respecto al porvenir del Papado, estaba dominada por una preocupación superior: la de eludir la responsabilidad de los asuntos italianos. Abandonada á sí misma, España era impotente. Debido á un cambio bastante singular, la sola evolución que se verificó fué en favor del nuevo estado de cosas: el Sr. Mon abandonó la embajada de París y el gabinete de Madrid reconoció el reino de Italia (1).

El año 1865 transcurrió entre estos proyectos ó esbozos de proyecto. A fines de otoño el emperador hizo volver de Roma á un regimiento. Esta fué la primera ejecución del tratado. Probando al gabinete de Florencia su fidelidad á los compromisos contraídos, Napoleón tuvo empeño en multiplicar para con el Padre Santo las muestras de su buena voluntad. Todo el año de 1866, el último antes de la evacuación, lo empleó el gobierno francés en influir doblemente sobre la Santa Sede para ayudarla á bastarse á sí misma y sobre Italia para inculcarla el respeto á sus promesas.

Con respecto á Pío IX lo más difícil sería hacerle descender á las cosas terrenas. Su alma, fatigada de los engaños humanos, ya no buscaba otra fuerza que la que deriva de Dios. Mostrábase á la vez absoluto en sus pensamientos hasta la intransigencia y resignado hasta el renunciamiento en el curso ordinario de la vida. Depositario de un poder que no le pertenecía, conservaba en la ruina de su potencia material la única preocupación de mantener la entera integridad del derecho. Imitado sin cesar á reconciliarse con el mundo nuevo, rebelábase contra esta exhortación que le parecía un absurdo ó una impertinencia y rehusaba seguir á aquellos á quienes por vocación divina se creía llamado á dirigir. El año anterior, en una encíclica famosa, había atacado á esa sociedad moderna que tenía la pretensión de inmiscuirse en sus atribuciones, y de entre todas las máximas equívocas y dudosas había escogido, para condenarlas, las más vulgarizadas por las costumbres públicas, aun entre los creyentes. La emoción había sido grande, y este lenguaje, aun despojado de su rigor teológico por los comentarios episcopales, había resonado de un modo insólito. Después de proclamar como príncipe los derechos de sus predecesores y de cumplir como director de almas lo que creía de su deber, Pío IX dirigía solamente á lo demás una mirada tranquila. Para la política tenía á Antonelli; para la guerra á Mero-de; pero confiaba poco en la política y aun menos en la espada. Un día, á fines del verano de 1865, el Sr. Merode supo que se le suponía enfermo, cansado y

(1) Véanse los despachos del Sr. Mon, de 25 de enero, de 27 de marzo y de 16 de mayo de 1865 (*Documentos relativos á los asuntos de Roma, comunicados á las Cortes*).

con necesidad de reposo. Todo esto le fué dicho suave y paternalmente, y con no menor suavidad se le alejó del ministerio de la Guerra. No teniendo ya nada que esperar ni que temer, Pío IX encontraba su serenidad en el exceso de su infortunio. Había pasado el verano de 1865 en Castelgandolfo, y, á su regreso, el pueblo de Roma admiró su buen semblante, su cara reposada en la paz de su retiro. Por un singular contraste, el destino fortalecía los días del anciano á la par que sacudía su trono. Así perdiéronse las esperanzas de aquellos que, formando cálculos en un próximo conclave, esperaban llegar á ser los dueños sin usurpación y por el solo beneficio de la muerte. A los visitantes que recibía, y éstos eran en gran número, se quejaba el pontífice, pero de ordinario sin amargura: «Ved, decía, al pobre papa cargado de años y de penas.» Cuando se le hablaba de ayuda, de protección, de intervención de las potencias, sacudía la cabeza y señalaba al cielo. A veces aludía á todos los proyectos que disimulaban, bajo el nombre de transacción ó de arreglo, el completo despojo de la Santa Sede. Entonces sus ojos se animaban y su voz vibraba, como sucede á los humildes y bondadosos que, habiéndose contenido mucho tiempo, estallan ante la audacia del sofista ó de la injusticia: «Verdaderamente esos señores se burlan de mí,» decía con mezcla de vehemencia y de desdén. Sin embargo, la edad y las angustias no habían borrado en él la gracia sonriente y el amable abandono que le valieran tanta popularidad en su juventud. Con sus familiares, y con los extranjeros á quienes concedía audiencias privadas, conversaba con toda libertad. Era entonces encantador oírle desenterrar todos los recuerdos de su largo pasado, juzgar con frase aguda, festiva ó desdeñosa, los hombres y las cosas, muy locuaz, hasta indiscreto—Antonelli se quejó de ello en más de una ocasión,—con bondad encantadora, pero llena de intención. Se le escuchaba con arrobamiento: pero he aquí que bruscamente el augusto anciano enmudecía como presa de remordimientos y como si hubiese rebasado el grado de malicia lícito á un santo. El piadoso pontífice hablaba de Francia en términos mezclados de tristeza y de simpatía. Aun desconfiando de la debilidad del emperador, rendía homenaje á sus buenas intenciones. En cambio mostrábase poco satisfecho del embajador, Sr. de Sartiges, quien en Roma recibía una semana á los amigos del papa y otra semana á sus adversarios. En cuanto al ejército francés, distingúale con rara benevolencia y sentía únicamente que se acercase la hora de la separación. «Es sin duda la última vez que podré bendeciros en esta solemnidad,» dijo el 1.º de enero de 1866, al recibir los homenajes del general De Montebello y de sus oficiales. Luego añadió con emoción: «Después de vuestra partida los enemigos de la Iglesia vendrán quizás á Roma.» El resto de la alocución se convirtió en una plegaria: «Ruego por vosotros, por Francia, por la familia imperial.»

Estas disposiciones resignadas y ligeramente altaneras, esta desconfianza de todo socorro humano, cuadraban mal con la condición del Estado pontificio, obligado pronto á reunir todos sus recursos para combatir la revolución. Cuando se habló á Pío IX de reforzar su ejército en previsión de nuestra marcha, su primer sentimiento fué de impotencia: «¡Mi ejército!, replicaba;